

Ana E. Guevara

En los ojos
del highlander



*¿Existen los highlanders tal y como nos los han contado?
¿Guerreros musculosos y sin miedo, con falda, y sin nada
debajo? ¿Crees que no?*

*La protagonista de esta historia tampoco, hasta que se
presentó uno en su consulta y tuvo que cambiar de idea...*

¿En pleno siglo XXI existen los highlanders?

«Hombres aguerridos, musculosos y sin miedo a enfrentarse a los mismísimos ejércitos ingleses vestidos con tan solo una falda de cuadros (y sin nada debajo, chica, que esto es importante). De ojos verdes y barba pelirroja cuya presencia bastaba para dejar sin aliento al más intrépido de sus enemigos.

Pues sí, mujer, sí que existen. Y te lo digo yo que tuve uno en mi consulta hace poco. Y ni siquiera era él el accidentado, sino que vino acompañando a un amigo. Y es que además de estar buenísimo, este escocés es buena gente.

Vamos, un auténtico caballero con un punto peligroso, a la altura del mejor James Bond de la historia. Está claro que me refiero a Seann Connery, quien, por cierto, también es escocés.

Pero ya me estoy liando otra vez, es que yo me pongo a hablar de hombres fornidos y se me va el santo al cielo. Quédate conmigo y te cuento toda la historia, que ya verás como cuando termine tú también vas a querer poner a un lord de las Tierras Altas en tu vida».

Índice de contenido

Cubierta

En los ojos del highlander

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Capítulo 1

–Biip, biip, biip. ¡Biiiiiiip! ¡Biiiiiiip!

–¡Que ya te he oído! –le grité a la nada estirando una mano para tratar de alcanzar en la oscuridad de mi habitación el despertador que sonaba inclemente. ¿Es que ese artilugio del demonio no sabe que si está en esta casa es porque lo he comprado yo? ¿Qué clase de respeto hacia una dueña es ese? Porque estaba yo en medio de un sueño en el que un GEO se descolgaba por mi ventana y entraba en mi cuarto justo cuando ese maldito se ha puesto a sonar como si se estuviera quemando el edificio.

Salí de la cama sin encender la luz pues no quería despertar a Ramón, que seguía roncando sin ni siquiera enterarse de que el engendro despiadado conocido como despertador estaba tocando diana.

Al ponerme en pie, sentí que la cabeza me daba vueltas, debo reconocer que aquel día tenía un catarro de cuidado, pero que yo me negaba a reconocer. Mi abuelo siempre decía que los Esparza no nos enfermábamos y ese mantra me lo he repetido hasta la saciedad durante toda mi vida. Cuando llegué frente al espejo del baño vi los ojos rojos, la piel debajo de la nariz despellejada a fuerza de sonarme y notaba como mi voz sonaba más nasal que de costumbre, pero eso no me amilanó. Me duché, me vestí y me fui al hospital, no para pedir una opi-

nión médica respecto a mi más que evidente proceso cataral, sino para darla pues, cosas de la vida, yo soy médica.

En verdad soy traumatóloga, que es muchísimo más divertido. Me ocupo de poner huesos en su sitio y yo no trato con enfermos contagiosos, aunque tampoco me hubiera importado pues yo me sentía inmune a cualquier infección, ya sea viral o bacteriana. Cosas de creerse de niña lo que te dicen tus abuelos y no querer cambiar de opinión ni aunque la evidencia científica así lo dicte.

Trabajo desde hace tres años en una clínica privada del norte de Madrid, un sitio muy agradable que siento como si fuera mi segunda casa visto el número obsceno de horas que en ocasiones le dedico a mi trabajo. Ese siempre ha sido motivo de discusiones con Ramón, que es incapaz de entender mi devoción por mi trabajo. Él actualmente está en paro, pero no porque no lo quieran contratar, sino porque con treinta y dos años aún no ha encontrado «ese trabajo soñado que le haga feliz». Sus palabras, no las mías, así que no me juzguéis. Ha sido repartidor de publicidad, modelo de manos, vendedor de productos biológicos, tejedor de bufandas de angora, catador de productos en una fábrica de salsas, animador de fiestas infantiles y hasta guía turístico. Menos mal que pude convencerlo antes de que llevara a más su idea de montar una granja de alpacas, y ahora dice que quiere sacar su vena creativa y se ha apuntado a un curso de pintura por Internet. Él se ha apuntado, pero dio mis datos bancarios para hacer el pago, que puede que sea un poco bala perdida, pero de tonto no tiene ni un pelo. Llevamos juntos cinco años y me gustaría decir que me imagino formando una familia y compartiendo mi vida con él, pero la verdad es que esa idea no forma parte de mis prioridades.

¡Madre mía, qué parrafada os acabo de soltar! Chica, es que a mí como me den cuerda yo me lío, me lío y nos dan las mil y no hemos avanzado nada. Vamos a ver, ¿por

dónde iba? Sí, claro, el hospital (que ya hemos aclarado que es una clínica, pero me gusta llamarlo «hospital», que parece que luce más). Pues yo llegué esa mañana como cada día y, tras cambiarme y ponerme el uniforme, me fui a hacer un café con Carmen, que es una de las enfermeras que trabaja en mi servicio y con la que tengo mucha amistad. Es una mujer de unos cincuenta años (aunque ella siempre dice que tiene treinta y ocho) algo entrada en carnes y que me trata como si fuera mi segunda mamá. Lleva el pelo corto teñido de morado y unas gafas de pasta con montura de color verde, lo que hace que le dé al conjunto un aire de duende del bosque. Siempre tiene una palabra amable y creo que nunca la he visto más de veinte minutos seguidos sin sonreír. Un amor de mujer, vaya.

Hasta aquella mañana, pues, nada más verme, dio un grito de espanto y pegó la espalda a la pared como si hubiera visto una aparición del mismísimo Lucifer. Solo le faltó poner los dedos formando una cruz y echarme agua bendita pues los ojos desorbitados ya los llevaba de serie.

—¿Qué haces aquí? Vete a tu casa ahora mismo que tienes una pinta horrible.

—No me voy a ir, estoy perfectamente. —Yo trataba de sonar dura y convincente, pero me salió algo como «no me voy a ir edtoy pedfectamente» que creo que me hizo perder bastante credibilidad.

—De eso nada, parece que te vas a morir aquí mismo.

—Los Esparza no nos...

—Os ponéis malos, lo has repetido mil veces, pero a ver si te enteras de que eso es una milonga que te contaba tu abuelo para que no faltaras al colegio. Ahora quítate el pijama y vete a tu casa que estás hecha un cuadro.

Tenía preparada una respuesta ingeniosa, de esas en los que los presentes se quedan anonadados por tu sagacidad mental y tu afilada lengua, pero se quedó en nada cuando me dio un ataque de tos. Cuando al fin me recompose, con las mejillas sonrosadas y los ojos lagrimeando

por el esfuerzo, mi compañera me tiró un paquete de *kleenex* desde su distancia de seguridad y meneó la cabeza en señal de reproche.

–Te vas a morir aquí mismo y me va a tocar a mí rellenar el papeleo, ya lo verás.

–No seas pájaro de mal agüero –añadí recogiendo lo poco que me quedaba de mi dignidad y salí hacia el pasillo dispuesta a pasar consulta como si fuera un día cualquiera.

Pero ese día no iba a ser como los demás y es que en mitad del pasillo, andando directamente hacia mí, se encontraba el Cuervo, el jefe de servicio de Traumatología. Se había ganado ese sobrenombre por ser alto y enjuto, con una nariz ganchuda semejante al pico de un ave. Con abundante pelo, tan negro que en ocasiones parecía que se le arrancaban reflejos azules, visto por el pasillo parecía sacado directamente de un relato de Edgar Allan Poe. Pero sobre todo por el hecho de que en más de diez años como jefe de servicio nadie le había visto sonreír ni una sola vez. Los nuevos internos tenían una apuesta para ver si alguno conseguía contarle un chiste y que se riera, pero habían pasado generaciones y ninguno había sido todavía capaz de conseguir tal hazaña. Ya me había visto, así que no había dónde esconderse, con lo que solo me quedaba la opción de sonreír y disimular mi malestar lo mejor posible.

Estaba a punto de pasar a su lado con Carmen pisándome los talones cuando se paró en seco y se giró hacia mí.

–Esparza, váyase a su casa inmediatamente –dijo sin mediar tan siquiera un buenos días.

–Pero si estoy de maravilla –dije al tiempo que me sorbía de forma poco delicada un moquillo que estaba asomando por debajo de mi nariz.

El Cuervo se acercó y me obligó a levantar la vista para poder mirarlo a los ojos pues era bastante más alto que

yo.

–No me gusta la gente contagiosa, por eso elegí está especialidad. Tiene diez minutos para cambiarse y marcharse, en caso contrario llamaré a los de seguridad para que la desalojen y esto constará como falta disciplinaria.

Y de nuevo, sin mediar más explicaciones, siguió caminando por el pasillo con las manos juntas detrás de la espalda como un general que pasa revista a sus tropas. Carmen se colocó cerca de mí, pero guardando siempre las distancias, por lo visto se estaba tomando muy en serio el no querer tocarme.

–Venga, mujer, que te va a venir fenomenal irte a casa. Pídele a Ramón que te haga una sopa y os pasáis el día en el sofá tapados con una manta y viendo películas.

–Dicho así parece un buen plan –dije antes de ponerme a estornudar como si no hubiera un mañana.

–Antes de irte pásate a ver al doctor Rodríguez, de Medicina familiar, para que te haga una receta de un antihistamínico o algo, que parece que estás en las últimas.

–No te preocupes que tengo de todo en casa, Ramón tiene una farmacia que rivaliza con la de cualquier hospital.

Carmen asintió en silencio. No tenía en demasiada alta estima a mi novio, ella era una mujer un poco a la antigua que le gustaba que un hombre trabajara para ganarse el pan. Siempre pensó que Ramón era un vago y un aprovechado, y en ocasiones yo era de su misma opinión, pero he de decir que últimamente estaba más atento, más cariñoso.

–Pero que conste que no estoy enferma, es solo que me ha dado un aire.

–Sí, sí, lo que tú digas. Y ahora vete antes de que el Cuervo movilice a la seguridad del hospital y te saquen a rastras como si fueras una demente.

Acabé accediendo, más que nada porque mi jefe no me había dejado más opciones, y me fui a casa. Imagina-

ba la sorpresa que se llevaría Ramón al verme llegar tan temprano. La recomendación de Carmen de la sopa, manta y peli me parecía cada vez una mejor idea, aunque sabía que me iba a tocar cocinar a mí pues Ramón no era especialmente ducho en las artes culinarias. Ya me imaginaba su cara de sorpresa al verme entrar por la puerta, seguramente me abrazaría y tal vez hasta nos daríamos una ducha juntos, que eso es algo que hacía tiempo que no lo hacíamos.

Pero la sorpresa me la llevé yo, y fue mayúscula, la verdad. Y es que al entrar en mi casa y oír ruidos provenientes de la habitación, nunca pude imaginarme que me encontraría una escena similar. A Ramón (¡mi Ramón!) con su profesora de *chi kung* (porque mi novio no se puede apuntar a un gimnasio a levantar pesas y correr en la cinta como cualquier hijo de vecino). Me hubiera quedado parada con la boca abierta sin decir nada si no fuera porque me dio otro ataque de tos que hizo que me doblara en dos y pensara en lo equivocado que estaba el abuelo con sus mitos sobre la salud sobrenatural de mi familia.

—Emma, ¿qué haces en casa tan temprano?

—¿Y tú qué haces en la cama con otra? ¡Que encima es mi cama, Ramón! Eres tan vago que no has podido ni siquiera ir a su casa.

—Emma, cariño, no te alteres que esto no es lo que parece.

Y ahí fue cuando exploté. Yo no sé si fue por el paracetamol que Carmen me obligó a que me tomara antes de salir del hospital, por el café bien cargado que cogí en la cafetería, por la sensación de que con Ramón estaba perdiendo mi tiempo (y mi dinero), o de lo estúpido de la situación de pillarlo en plena faena con otra y que me diga que no es lo que parece. El caso es que me dio un ataque de risa, pero no una risa normal, no señor. Yo me caí al suelo de la risa, literalmente. Me quedé con la espalda apoyada en el quicio de la puerta mientras me secaba las

lágrimas con el bajo del jersey. Me dio otro ataque de tos, y como por lo visto estaba en confianza con estos dos, no tuve reparos en sonarme la nariz también con el jersey.

Ramón me miraba como si estuviera loca mientras su profesora se vestía en silencio y de forma eficiente. Es lo que tienen los asiáticos, que son muy discretos. Incluso cuando son la amante de tu novio, no se les puede negar que lo dejan todo recogido y apenas hacen ruido. Claro que yo bloqueaba la única salida posible, y es que la muchacha o pasaba por encima de mí o salía por la ventana, y como vivimos en un octavo tomó la opción más respetuosa con su vida. Una acción muy inteligente, todo sea dicho de paso. Cruzó por encima de mis piernas y antes de marcharse me dedicó una sonrisa y juntando las manos delante del pecho e inclinando la cabeza me hizo una reverencia.

–Tienes una casa preciosa.

Y con esta frase desapareció de mi vida dejando una buena segunda impresión, porque la primera fue realmente nefasta. Sentada en el suelo con el jersey lleno de lágrimas y mocos, mire a mi ya exnovio con tristeza.

–Coge tus cosas, Ramón, y vete. No voy a hacer una escena porque estoy muy cansada, pero no quiero volver a verte.

–A ver, Emma, que ahora mismo estás muy alterada y posiblemente estés medicada con algo y no sabes lo que realmente te conviene en estos momentos. Vamos a darnos un tiempo para pensar bien lo que ha pasado. ¿Qué te parece si te vienes a la cama conmigo? Tal vez podríamos incluso hacer el amor, yo ya estoy listo –dijo levantando el edredón y enseñándome su erección.

–¿Pero tú es que eres tonto? O peor aún, ¿me tomas a mí por tonta? No cojo un palo de escoba y te lo parto en la espalda porque no me apetece ni levantarme del suelo ahora mismo, pero te juro por lo más sagrado que si no te

vas a hora mismo, llamo a mi primo Guardia Civil y se planta aquí con la mitad del cuartel para darte una paliza.

Ramón conocía a mi primo de las reuniones familiares y le tenía un miedo irracional, posiblemente porque lo veía como alguien que había sido capaz de conseguir sus metas sin desviarse del camino. Por eso y porque tenía unos bíceps que eran capaces de aplastar una lata de Coca-Cola. Así que reunió su maltrecha dignidad, metió un par de cosas en una mochila y se marchó de mi vida, no sin antes decirme desde la puerta.

—No es lo que parece, Emma.

Y esas fueron las últimas palabras del hombre con el que había compartido gran parte de mi vida adulta. Estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para llorar por él y, tal y como estaba, me metí en la cama y dormí más de diez horas seguidas.

Capítulo 2

Cuando me desperté, el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo, pero seguía teniendo la nariz más atrancada que la autovía del Levante un primero de agosto. Así que organicé mi vida por prioridades, lo primero que hice fue buscar el móvil y mandar un mensaje al whatsapp de *Super Girls* para que vinieran a cenar a casa, hoy necesitaba apoyo moral del mejor equipo del mundo.

Luego cogí varias bolsas de basura y comencé a llenarlas con las cosas que Ramón no había podido meter en su exigua bolsa de viaje. Su ropa, sus libros de autoayuda, sus miniaturas de *Juego de Tronos*... Espera, que como estas las pagué yo, mejor me las quedo. ¿A quién no le gusta tener una réplica del Rey en el Norte o de Jon Nieve? Sus cómics, sus zapatos, sus delantales de cuando quiso montar una fábrica de kéfir en mi cocina. Todo iba siendo engullido por el plástico negro de las bolsas de basura. Yo interrumpía mi trabajo de vez en cuando para ir al baño a sonarme los mocos, hasta que decidí coger el rollo de papel y directamente llevarlo en el bolsillo de la bata.

Sonaba *Tainted Love* en la voz de Imelda May a todo volumen cuando di mi trabajo por concluido. Le pediría a mi primo que le llevara las bolsas a Ramón, pensé sonriendo malévolamente. Cuando hube terminado con mi limpieza tenía varios sacos de basura llenos hasta arriba que